

NATASHA PRESTON

EL
DESPERTAR

SU MUERTE ES NECESARIA

Scarlett no recuerda nada de cuando era pequeña: una extraña amnesia mantiene oculta su más temprana infancia. Hasta que un accidente provoca que empiece recuperar retazos dispersos de su memoria, desencadenando una serie de revelaciones oscuras. Todos estos años su familia le ha ocultado una verdad desgarradora... una verdad que es letal.

Índice de contenido

Cubierta

El despertar

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*Me gustaría dedicar este libro a mis lectores.
Gracias por hacer realidad mis sueños*

1

Scarlett

Imogen me dio un codazo y me señaló la puerta.

—Por fin viene alguien que vale la pena —me susurró.

Y no se equivocaba. El chico que se había plantado en la puerta de la clase de la señora Wells era guapísimo; o sea, para nada lo que esperarías encontrarte en nuestro instituto.

—Bienvenido al Instituto Fordham, Noah —dijo la señora Wells—. Siéntate ahí. —Lo dirigió al asiento vacío que había a mi lado e Imogen me agarró el antebrazo—. Scarlett, Imogen, como tenéis prácticamente las mismas clases que Noah este año, haced el favor de enseñarle el instituto y procurad que se sienta a gusto.

A Im se le iluminó el rostro.

—Sin problema.

«Buena suerte, Noah».

Se acercó a nuestro pupitre al fondo de la clase, acaparando la atención de todo el mundo y dominando el aula, sin apartar la vista de mí. Me removí en mi silla y noté como me sonrojaba. Por las pintas de pasota que tenía, parecía mayor.

—Hola —me saludó, sin dejar de mirarme.

—Ey. Yo me llamo Scarlett, y esta es Imogen —dije, señalando a mi mejor amiga—. Se ve que vamos a ser tus guías.

—Gracias —contestó. La voz también era de alguien mayor; vocalizaba mucho más que el resto de los alumnos —. Pero veo difícil que alguien pueda perderse en un insti tan pequeño.

—Bua, y que lo digas —dijo Imogen, y se inclinó sobre el pupitre para que Noah pudiera verla.

Bobby se volvió en su asiento.

—¿Te mola la lucha libre, Noah?

Este frunció el ceño.

Yo levanté una mano.

—Bobby es un friqui de la lucha libre; no te está retando.

—No no, claro que no —confirmó Bobby—. Tienes pinta de saber defenderte.

Noah sonrió.

—Por defenderme acabaron expulsándome de mi antiguo instituto.

No parecía una persona violenta, aunque, claro, no hacía ni cinco segundos que lo conocía. Puede que estuviera repitiendo curso.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté—. No creo que tengas quince ni dieciséis.

—Tengo dieciséis —contestó—. ¿Y tú?

—Igual.

—Pero acaba de cumplirlos —interrumpió Imogen, claramente molesta por no ser el centro de atención—. Yo ya hace tiempo que los cumplí.

Estuve a punto de soltar un suspiro. ¿Acaso esperaba liarse con él allí mismo, encima del pupitre, solo por llevar más tiempo que yo con su edad?

—Sí, yo los hice el mes pasado —comenté.

Noah, todavía ignorando a Imogen, dijo:

—El mes pasado fue también el cumple de mi hermano. ¿Qué día es el tuyo?

—El trece. Menos mal que este año no era viernes.

Él soltó una carcajada.

—¿Eres supersticiosa?

Asentí.

—Mogollón. No soy capaz de pasar por debajo de una escalera ni de abrir un paraguas dentro de una casa. Evito a los gatos negros y toco madera cada vez que necesito tener suerte. —Noah levantó una ceja y yo me encogí de hombros—. Mis padres también son supersticiosos. Y desconfiados.

—Vaya —dijo—. Bueno, es que el mundo es muy grande y nunca sabes qué puede acecharte.

«El mundo es muy grande y nunca sabes qué puede acecharte». Un *déjà-vu*. No era la primera que oía esa frase, pero no conseguía ubicarla.

El timbre sonó y di un respingo.

—¿Listo para la clase de literatura inglesa? —le pregunté a Noah sin prestar atención al mal presentimiento que notaba en mis adentros.

—Pues no, la verdad. Te sientas conmigo, ¿a que sí? Que para eso eres mi guía.

Imogen nos adelantó de morros al ver que no tenía a Noah comiendo de su mano.

Esboqué una sonrisa.

—Claro.

—Oye, ¿y dónde vivías antes? —le pregunté a Noah de camino a la clase siguiente.

Noah se había pasado los cincuenta minutos de la clase de inglés con el brazo en alto. Daba la impresión de estar intentando aprender todo lo que podía enseñarle la profesora. Los nuevos solían ser más reservados, pero no me parecía mal que él fuera diferente y quería conocerlo lo mejor posible.

—En Hayling Island.

—Qué guay. ¿Y qué tal por allí?

—Es pequeño —respondió.

Nos habían hablado de Hayling Island en la asignatura de geografía, el día que tocó hacer un repaso rápido de las islas Británicas. «Pequeño» era quedarse corto.

—¿Y cómo es que habéis venido a Bath?

—Por el curro de mi padre. Vivir en Hayling era un tostón, así que ya me va bien que nos hayamos mudado.

Llegamos a las aulas de ciencia y me volví hacia él.

—Y yo me alegro de que os hayáis mudado.

Abrí tanto los ojos que empezaron a dolerme. ¿Cómo he podido decir algo así en voz alta? Qué vergüenza. No puedes decirle a un chico que te gusta de buenas a primeras, y menos si no hace ni una hora que lo conoces.

Se pasó la mano por el pelo para apartárselo de la cara y sonrió. Los ojos, de un azul pálido, le brillaban. Literalmente. Siempre decía que solía fijarme en chicos altos, morenos y guapos, pero era incontestable que en ese momento era en los altos, rubios y guapos. Tenía una mandíbula que parecía esculpida en piedra, y unos labios que... Bueno, los típicos labios que dejan a cualquiera con la boca abierta.

Bajó la vista; me sacaba una cabeza.

—Pues yo me alegro de que te alegres.

Me mordí el labio y di un paso atrás. Me gustaba, no tenía sentido pensar lo contrario, pero lo veía lanzado a besarme, y era algo para lo que todavía no estaba ni mucho menos preparada.

Nos hicieron entrar en el aula y Noah se sentó a mi lado. Habían colocado mecheros Bunsen en las mesas, lo que significaba que iba a tener que prestar mucha atención, porque olía a experimento. Me sacaban de quicio.

—¿Cómo llevas la química? —le pregunté.

Él soltó una risita.

—Me viene a la cabeza algún chiste malo. No se me da mal, la verdad.

—Guay, porque a mí se me da de pena. Soy tan pero tan negada que no sé por qué se empeñan en que siga vi-

niendo a las clases. Creo que solo con mi presencia ya bajo el nivel de la clase.

Otra risita.

—Anda ya, seguro que no se te da tan mal.

—Uy, espera y verás.

—Sentaos todos —ordenó el señor Gregor—. Bienvenido, Noah. ¿Te suena haber hecho...?

Ahí fue cuando desconecté. La química no podría interesarme menos ni aunque lo intentara. Había aprendido más viendo *The Big Bang Theory* que yendo a clase.

Bajé de las nubes cuando Noah vertió algo en un tubo de ensayo.

—¿Esto para qué sirve? —pregunté, señalando con la cabeza el mechero Bunsen.

—No te mola para nada la ciencia, ¿eh?

—No.

—A mí tampoco, la verdad. Hay muchísimas cosas que la ciencia no puede explicar.

—¿En qué crees tú?

Se encogió de hombros.

—Aún no lo tengo claro. Pero bueno, aunque no me guste la entiendo, así que te voy a explicar lo que voy haciendo para que tomes apuntes. A ver si puedo ayudarte a aprobar esta asignatura.

«Sí, claro. Buena suerte, Noah. Otra vez».

Destapé el bolígrafo y traté de concentrarme en lo que me estaba diciendo y no en su profunda voz, pero en cuanto torcía ligeramente la boca para sonreír yo me deshacía. Era imposible que pudiera ayudarme con la química. Al menos no con la asignatura.

No dejaba de mirarme de reojo mientras preparaba las mezclas, como si yo fuera lo más interesante del mundo, o como si le diera miedo que, si me perdía de vista, me asesinaran.

Se volvió hacia mí cuando acabó con todo.

—Cuéntame algo sobre ti.

—Se supone que tenemos que conseguir que estas sustancias químicas hagan... algo.

«Y no hay mucho que contar».

Se encogió de hombros.

—Venga, que aún faltan unos minutos.

Bueno, había algo. Prefería no decírselo a nadie porque era incómodo y siempre acababa teniendo que responder la misma pregunta: «¿Cómo es que no pierdes la cabeza?».

Suspiré y contesté:

—No me acuerdo de mis primeros cuatro años de vida.

Se quedó ojiplático.

—¿Cómo?

—Hubo un incendio en casa y lo perdimos todo. Mis padres nos sacaron a mí y a mi hermano, Jeremy, pero estuvimos hospitalizados por inhalación de humo. Cuando me desperté, no me acordaba de nada.

—¿De nada nada?

—Nada. Solo recuerdo despertar en una habitación amarilla. Ni siquiera reconocía a mi familia.

—¿Y cuándo empezaste a recordar cosas?

Fruncí el ceño.

—Todavía no ha ocurrido. Me fueron rellenando las lagunas con historias de cosas que habíamos hecho, pero realmente no recuerdo nada.

—Qué locura. Bua, es que te podrían haber contado cualquier cosa.

Solté una carcajada.

—Pues sí, se lo podrían haber pasado bomba. Lo de «Somos una familia normal y tú y tu hermano estáis como el perro y el gato» es bastante aburrido.

—Podrían haberte dicho que eras una princesa. O puede que lo fueras realmente y que te lo hayan quitado to...

—Que sí —lo interrumpí—, que tienes mucha imaginación.

Sonrió y contestó:

—Perdona. Es que es un poco raro.

—Es superraro. Se ve que lo reprimí todo debido a la experiencia traumática.

—¿Crees que algún día podrás recuperar la memoria?
Me encogí de hombros.

—Lo dudo mucho, pero me da bastante igual.

—Ya, supongo. Aunque a mí me jodería haber perdido cuatro años de vida y un montón de vivencias.

—Bueno, antes me fastidiaba, pero ya no. Hay muchísima gente que apenas se acuerda de su infancia. Yo solo he olvidado los cuatro primeros años.

—¿Has probado con alguna terapia o con hipnosis?

—Ja, ja. Qué va. De verdad, no es para tanto. He intentado recordar cosas, pero nada.

Esbozó una sonrisa.

—Ya verás que algún día te acordarás de todo.

Eso es algo que había dejado de creer haría unos cuatro años.

2

Scarlett

Ciento once. Noah y yo nos habíamos enviado ciento once mensajes durante los seis días que siguieron al momento en que nos conocimos. Era una cifra desproporcionada teniendo en cuenta que se trataba de una persona que apenas conocía. Pero sentía que no era un extraño. Habíamos hablado de prácticamente todo: de lo que nos gustaba y lo que no, de nuestra familia, de los amigos, de los mejores y los peores momentos de nuestras vidas... Por mucho que todavía tuviéramos muchas cosas que contarnos, me daba la sensación de que lo conocía bastante bien. Y él parecía dispuesto a saberlo absolutamente todo sobre mi persona.

Después de una semana entera de clases flirteando como si no hubiera un mañana, yo ya había entrado en el reino de las obsesiones en el que casi todos mis pensamientos tenían que ver con Noah. Me molestaba un poco incluso a mí misma, y seguro que mis padres estaban hasta las narices de mí.

—Salgo en un minuto —le dije a mis padres.

—¿Quién viene a recogerte?

—Nadie. Voy a casa de Noah, y luego iremos a la ciudad.

Mi padre alzó una ceja.

—Ya te llevamos nosotros a casa de este chico. Creo que va siendo hora de que nos lo presentes.

—¿Qué? —Por encima de mi cadáver.

—Cariño, no puedes pedirnos que te dejemos ir a casa de alguien de quien apenas sabes nada y a quien nosotros ni siquiera hemos visto —explicó mi madre.

—¡Pues sí! Eso es justo lo que os pido. Noah es un buen chico.

—No lo dudo, pero si vas a estar quedando con él después de clase, tenemos que conocerlo —añadió mi padre—. Voy a por las llaves.

—Estás de coña. ¿Por qué me hacéis esto? ¿No os dais cuenta de la vergüenza que voy a pasar si me presento allí con mis padres? —Parecía como si nunca hubieran sido adolescentes.

Jeremy soltó una carcajada.

—Por favor, seguid.

Me volví hacia él y mascullé:

—Te odio.

—Venga, no seas dramática —dijo mi madre—. Ponte la chaqueta y nos vamos ya.

—¿Podéis por lo menos esperar en el coche?

—Creo que no acaba de encajar con el plan de conocer a Noah.

Comencé a seguirla y gruñí:

—Ya lo sé.

Diez minutos más tarde estaba llamando a la puerta de Noah y respirando profundamente. No me había dicho si sus padres estarían o no en casa; yo tenía a los míos detrás. Un tío clavado a Noah abrió la puerta. Su hermano.

—¿Eres Scarlett? —preguntó.

—Sí. Y tú eres Finn, ¿verdad? —Asintió y se hizo a un lado—. Estos son mi madre y mi padre, Marissa y Jonathan.

—Me alegro de conoceros. Entrad. Está por ahí. ¿Queréis comer alguna cosa? ¿Algo de beber?

Negué con la cabeza.

—De momento no, gracias.

—No, gracias, Finn —contestó mi padre—. ¿Están tus padres en casa?